

dés y de los obreros..." Esta fórmula extremadamente cauta no encontró la aprobación de mi implacable juez. Mi estimación de los acontecimientos de Polonia lo había sacado ya de quicio. "Encuentro todavía menos (pruebas) para sus —¿cómo tendré que decir?— asombrosas observaciones acerca de "Finlandia", escribe Shachtman en la página 16 de su "Carta". Me apena que Shachtman prefiera asombrarse a pensar algo a este respecto.

En los estados bálticos, el Kremlin limitó sus tareas a conseguir ganancias estratégicas con el cálculo indiscutible de que en lo futuro esas bases militares estratégicas permitirán también la soviétización de esos antiguos distritos del imperio zarista. Los éxitos en el Báltico, conseguido por la amenaza diplomática, encontráronse, sin embargo, con la resistencia de Finlandia. Someterse a esa resistencia, habría significado para el Kremlin, poner en peligro su "prestigio" y por lo tanto sus éxitos en Estonia, Latvia y Lituania. Así, en contra de sus planes iniciales, el Kremlin se vió obligado a recurrir a la fuerza armada. De esos hechos, cualquier persona que piense, se preguntará: ¿Pretende el Kremlin sólo atemorizar a la burguesía finlandesa y forzarla a hacer concesiones, o irá ahora más lejos? A esa pregunta, claro que no puede haber una respuesta "automática". Era necesario —a la luz de las tendencias generales— orientarse, a base de los síntomas concretos. Los líderes de la oposición son incapaces de eso.

Las operaciones militares comenzaron el 30 de noviembre. Ese mismo día, el Comité Central del Par-

tido Comunista Finlandés, indudablemente situado, ya sea en Leningrado o en Moscú, lanzó un manifiesto por radio al pueblo laborante de Finlandia. Ese manifiesto proclamaba: "Por segunda vez en la historia de Finlandia, la clase trabajadora finlandesa entabla una lucha en contra del yugo de la plutocracia. La primera experiencia de los obreros y campesinos terminó, en 1918, con la victoria de los capitalistas y terratenientes. Pero esta vez... ¡el pueblo laborante tendrá que ganar!" Este manifiesto por sí solo claramente indicaba que no existía ningún intento de atemorizar al gobierno burgués de Finlandia, sino un plan para provocar la insurrección en el país y completar la invasión del Ejército Rojo con la guerra civil.

La declaración del llamado Gobierno del Pueblo, publicada el 2 de diciembre, afirma: "En diferentes partes del país, el pueblo se ha levantado ya y ha proclamado la creación de una república democrática". Esa afirmación es ostensiblemente un invento; de otro modo, el manifiesto habría mencionado los sitios en que se habían llevado a cabo los intentos de insurrección. Es posible, sin embargo, que intentos aislados, preparados desde fuera, hayan terminado en el fracaso, y por eso precisamente haya parecido mejor no entrar en detalles. En cualquier caso, las noticias referentes a "insurrecciones" constituyeron una llamada a la insurrección. Por los demás, la declaración contenía información concerniente a la formación del "primer cuerpo finlandés, que en el curso de las próximas batallas será engrosado por voluntarios de las filas